

¿Cuántos años han de pasar sin que se componga una nueva obra para dar un género por muerto? ¿Cuántos llevamos ya sin asistir al estreno de una nueva zarzuela?... ¿Daríamos por bueno su certificado de defunción? Tengo la impresión de que no ¿verdad?, pero creo que tampoco imaginamos, a estas alturas, la sorpresa de una nueva y convincente partitura.

Desde el punto de vista de la creación, el futuro del género no parece que exista a menos que se produzca un nuevo salto de estilo, como el que tuvo lugar a mediados del siglo XIX con Hernando, Oudrid, Gazambide, Inzenga y Barbieri, creadores de la Sociedad Artística y, con ella, de la zarzuela moderna. Poco iban a tener que ver sus nuevas páginas con el teatro mitológico que tiempo atrás habían llenado de músicas celestiales y pastoriles Hidalgo, Durón, Literes, José de Nebra, o con las sentimentales y refinadas propuestas de Boccherini, Rodríguez de Hita... Poco tenían que ver ya los espectadores y los escenarios: del público aristocrático de la corte habíamos

pasado a la burguesía y las clases populares que llenaban los teatros y, con el pago de sus entradas, costeaban las funciones.

Cabría pensar en un nuevo salto de escenario y de espectadores; un salto a grandes pabellones o incluso a la pantalla (del cine, el televisor o el ordenador) y para un público de nuevo muy amplio, de ese que forma la masa consumidora de productos de entretenimiento cercanos a la cultura. O, puestos a imaginar, cabría también hacerlo en sentido contrario, en nuevos espectáculos muy minoritarios, quizás alambicados, un ars subtilior zarzuelense, permítaseme la broma, del siglo XXI. ¿Se habrá diluido en el musical de nuestros días? ¿Existirá ya una neo-nueva zarzuela, tan cambiada que aún no la hemos identificado y no le hemos puesto el nombre?

Todo es posible. A lo mejor tiene que pasar más tiempo para que renazca de sus cenizas. De momento esos nuevos creadores no aparecen como los imaginamos... o bien, como dice Miguel Mihura que le ocurrió a él mismo, son degollados al intentar estrenar

su obra. Lo dejó escrito en Mis memorias, un libro divertido anticipado por entregas en La Codorniz entre 1943 y 1945.

Nos cuenta que escribió una zarzuela inspirándose, «según era costumbre, en la realidad», y que para estudiar mejor las reacciones de la protagonista, una manchega a la que dos mozos cortejaban, «yo mismo me disfracé de moza manchega y durante cinco años estuve en un pueblo manchego yendo con un cántaro a buscar agua a la fuente. Y tan bien representé mi papel que, nueve meses después de celebrarse la fiestas del pueblo, tuve un niño...». Más adelante, «al cabo de seis años de esfuerzo conseguí terminar el El Tripiriti y, con el manuscrito debajo del brazo, me presenté al empresario del Teatro Cocoliche... -“¿Qué trae usted ahí?”, me dijo furioso, después de que me hubo recibido en su despacho. - “Traigo una zarzuelita”, dije temblando. El furor del empresario -continúa Mihura- creció aún más al oír estas palabras y varios empleados de la contaduría corrieron a sujetarle los brazos porque



Roberto Mendoza, Violín

había sacado un cuchillo y quería cortarme el cuello. Pero los empleados no llegaron a tiempo y me lo cortó. Yo, con esto, sufrí uno de los mayores disgustos de mi vida...»

Cualquier parecido con la realidad es casi coincidencia, pero la fecha es significativa: desde entonces casi ninguna nueva zarzuela vio ya la luz.

Bueno, aceptemos que no haya, por el momento, nuevas zarzuelas... pero reconocamos que algunas de las viejas, nuestras viejas y queridas zarzuelas, no se han representado nunca en mejores condiciones que ahora. La calidad de los intérpretes y las puestas en escena son a veces sobresalientes.

Yo, como compositor reciente, posterior a esas Memorias de Mihura, no he aportado ni un granito de arena al género, pero sí lo he hecho, mejor dicho, he puesto los medios para que otros lo hicieran, en mis responsabilidades como gestor, en Madrid o en Granada, y disfruto y veo cómo se disfruta hoy con la zarzuela de siempre.

En la programación de las actividades de

Madrid como Capital Europea de la Cultura 1992 incluimos una temporada completa de zarzuela en el recién estrenado Teatro de Madrid, en la Vaguada. Tal vez conviene recordar que hasta la reapertura del Teatro Real, la ciudad no contaba con una temporada estable dedicada al género, pues el Teatro de la Zarzuela ocupaba su escenario mayoritariamente con óperas; pero gracias a su apoyo y sus excelentes producciones esta experiencia piloto fue un éxito: Jugar con fuego, Las foncarraleras, La revoltosa, El bateo, Viento es la dicha de amor (no podía faltar al menos una referencia a la zarzuela mitológica del siglo XVIII, por la que reconozco que siento debilidad), Los sobrinos del Capitán Grant, Robinson, La Gran Vía, La chulapona y Chorizos y polacos se sucedieron en escena ante un público ilusionado.

En Granada, en el Festival Internacional de Música y Danza, pude vivir el interés que despertó la exposición La Zarzuela, un legado histórico, preparada por el Museo Nacional del Teatro, de Almagro, con diseños para escenografías e indumentarias,

trajes, fotografías, carteles, etc., desde mediados del siglo XIX, que mostraban la voluntad decidida de artistas y productores de renovar la puesta en escena; algo que, como señalaba Andrés Peláez, comisario de la muestra, no ocurrió con otros géneros, como la revista o la opereta. También allí, en el Festival, nos maravilló a todos la frescura y el vigor musical de las selecciones de zarzuelas en pequeño formato, como las que contiene este CD, que el Ensemble de Madrid presentó en la colina de la Alhambra.

Son teatro y música vivos, no cabe duda. Tal vez no vuelvan a surgir zarzuelas nuevas, como ya no podemos soñar con cuadros nuevos de cualquier pintor histórico que nos guste, pero no vamos por ello a pensar que ellas o él son sólo parte del pasado. En tanto que nos recrean, las recreamos, las hacemos nuestras, de hoy, y les mantenemos abierta la puerta del futuro.

Alfredo Aracil
Compositor



Esperanza Velasco, Violín